

Los pasos del escorpión
y otros ensayos

JULIO CÉSAR LONDOÑO



Editorial
EAFIT

LETRA X LETRA
—ENSAYO—

Londoño, Julio César, 1953-

Los pasos del escorpión y otros ensayos / Julio César Londoño. -- Medellín: Editorial EAFIT, 2017.

190 p.; 23 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-411-7

1. Ensayo colombiano. I. Tít. II. Serie.

C864 cd 23 ed.

L847

Universidad EAFIT - Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Los pasos del escorpión

y otros ensayos

Primera edición: abril de 2017

© Julio César Londoño

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No.7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-411-7

Editor: Felipe Restrepo David

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: Clarence Coles Phillips, (1880-1927 Estados Unidos). Para la portada de la revista *Good Housekeeping*, de 1916. Intervención de Alina Giraldo, Editorial EAFIT.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional, mediante Resolución 1680 del 16 de marzo de 2010

Editado en Medellín, Colombia

A Betsimar

Contenido

Prólogo	9
---------------	---

Los pasos del escorpión

y otros ensayos

La moda.....	13
Eran los tiempos del número	37
Los sentidos	49
El brujo y el poeta	67
El <i>affaire</i> Mutis-Poniatowska	73
La partícula que inventó el mundo	91
Borges, el crítico.....	95
La flor de <i>Kepler</i>	111
El día que la máquina nos devolvió la mirada.....	115
La inteligencia militar.....	123

Vino, fútbol, libros y Google.....	129
La filosofía del siglo XXI.....	135
La fascinación de las pantallas.....	141
El matoneo escolar.....	145
Las hormigas, esas gigantes.....	151
El ocio, ese espejismo.....	159
El discreto encanto del silencio.....	165
La torre de Babel.....	169
Los pasos del escorpión.....	175

Prólogo

Cuando me preguntan por qué escribo ensayos, nunca sé qué decir. El primer impulso es contestar la verdad, “porque sí... porque me gusta”, pero entiendo que la gente espera otro tipo de respuesta; esperan, con razón, que un escritor sepa dar cuenta al menos de los asuntos relacionados con su profesión. Por esto he aprendido a ensayar respuestas. A veces digo, y de verdad lo creo, que hago ensayos para pensar con cierto orden en algunos temas. Otras veces, digo que los hago porque no sé hacer aforismos, es decir, ensayos brevísimos, y envidio a esos sujetos que son capaces de poner en una sola línea la introducción, el desarrollo y la conclusión de un asunto complejo, y les sobra espacio para añadir humor, música, ironía. Son sujetos como Millôr Fernandes: “El inventor del alfabeto era analfabeto”. Leemos esta revelación ¡y apenas podemos creer que no se nos haya ocurrido antes! O como François Jacob, un señor capaz de demostrar que el blanco es un matiz del negro: “El brujo y el científico se parecen: ambos tratan de explicar fenómenos visibles por medio de fuerzas invisibles”.

Cuando el día es normal (es decir, gris) hago mía la frase de G. K. Chesterton: “Mis enemigos saben que puedo escribir un libro a la menor provocación”.

Por alguna de estas razones, hice el volumen que ahora usted lee. Aquí encontrará un capítulo sobre la moda, una industria que

me interesa por su incesante creatividad, porque constituye un “imperio efímero”, según la definición de Lipovetsky, porque pasa y queda, como los ríos, y porque encierra una maniobra perversa: cubre el cuerpo de la mujer solo para resaltar sus formas y hacerlo más inquietante.

En el apartado “Geometría y glamur” del ensayo sobre la moda repaso la compleja lista de sucesos (civilizaciones, ciencias, revoluciones y tendencias) que fueron necesarias para producir ese humilde juego de conos, el brasier.

Como no soy científico ni investigador de fondo, me he limitado a hacer ensayos de divulgación, es decir, a estudiar en prosa los temas de las ciencias y las humanidades, sin acudir a la jerga técnica ni a las formulaciones matemáticas.

Me hubiera gustado hacer un artículo sobre el cerebro pero finalmente descarté la idea por falta de espacio... en mi cabeza, se entiende. Para consolarme escribí unas reflexiones sobre los sentidos inspiradas en un ensayo de Alfonso Reyes, que afirma que tenemos un solo sentido, el táctil, cuyo órgano es la piel, un tejido de dos metros cuadrados que tiene áreas líquidas, los ojos, para sentir la luz; áreas secas, los oídos, para sentir las vibraciones del aire; áreas semihúmedas como las mucosas nasales para sentir, por ejemplo, el olor de una tormenta inminente; áreas húmedas como la lengua y la caverna palatal, para sentir lo ácido, lo amargo, lo dulce, lo salado y hasta lo simple. El resto de la piel está destinado a las sensaciones táctiles propiamente dichas, como las que nos informan sobre la tersura o la aspereza del mundo.

“El affaire Mutis-Poniatowska” es un ornitorrinco: crítica + crónica + ficción + chismes.

“Eran los tiempos del número...” es un intento por entender cómo una materia tan limitada como la matemática, que solo cuenta con diez cifras y un puñado de axiomas arbitrarios, se mueve con elegantes maneras en la intrincada realidad.

“El día que la máquina nos devolvió la mirada” es una reflexión sobre el ajedrez y la inteligencia artificial. Leo muchos libros de esta sofisticada materia. Obsesivamente. Como un poseso. Me pasa con ella lo mismo que con el fuego. No entiendo nada pero no puedo apartar mis ojos de la cosa.

Mi relación con las hormigas se parece a las grandes pasiones. Tiene los ingredientes de un amor intenso: las admiro y las aborrezco. Fruto de este “amodio” nació el ensayo “Las hormigas, esas gigantes”. Soy un formicólogo aficionado y, como buen amante, un cornudo impenitente pero discreto: desprecio con toda mi alma a ese sujeto que arma berrinche por un desliz de su mujer.

Alguien dijo que Dios hizo al gato para que el hombre pudiera acariciar al tigre. Me gusta esta frase por su tersura y porque siento que los ensayistas de divulgación hacemos un trabajo no menos amable: gracias a nosotros, el hombre de la calle puede acercarse a la obra del genio. Somos, pues, una especie de carteros que llevan mensajes complejos en lenguaje simple. Si me lo permite, les diré que no puedo imaginarme un oficio más lindo, humilde y necesario.

Hay un tema que ha ocupado a los intelectuales, desde Benjamín y Adorno hasta Vargas Llosa: el pulso entre el arte popular (telenovelas, *bestsellers*, videojuegos, Miky Mouse, rancheras, vallenatos) y la “gran cultura”: Beethoven, Rothko, Bergman, Platón, etc. Sin asomo de esa pedantería que uno encuentra en Eco o Vargas Llosa, Alessandro Baricco elige cuatro productos muy populares, el vino, el fútbol, Google y los libros, y nos deja sumidos en una elegante perplejidad.

Otros ensayos del libro reflexionan sobre Borges, las posibles filosofías del siglo XXI, la Torre de Babel, la fascinación de las pantallas, el discreto encanto del silencio, las armas modernas y el matoneo escolar.

Los pasos del escorpión tratan de descifrar esa entidad distinguida, el destino... y fracasan, naturalmente.

Cierro este prólogo con una nota pedante. O ingenua. Creo que escribo divulgación por ese desarreglo del sistema nervioso que llamamos felicidad (debe ser algo simple y absurdo, algún desbalance electroquímico). El caso es que un día amanezco feliz, el optimismo cunde como una fragancia balsámica, siento que todo lo puedo y que escribimos ensayos para enriquecer los debates y pensar tribalmente, para que la democracia deje de ser una bonita palabra, el mundo se salve y la civilización prevalezca.

Julio César Londoño

Los pasos del escorpión
y otros ensayos



La moda

El origen de la moda no se pierde en “la noche de los tiempos” como piensan algunos historiadores perdidos en perifollos, miriñaques, lacitos y arandelas. La moda empezó ayer no más, en la Baja Edad Media, hacia la mitad del siglo XIV.

Claro que las tribus primitivas tenían costumbres indumentarias, al igual que los chinos, los egipcios, los griegos y los romanos de la Antigüedad, y sus vestidos tenían elementos estéticos además de los meramente funcionales, pero eran costumbres tan inmutables que no las podemos considerar “modas”, concepto inseparable del cambio constante, de la fugacidad propia de las obras del ramo. Las griegas vistieron peplos casi idénticos desde los tiempos de la hetaira Friné hasta el siglo VI d. C. Los romanos vistieron togas blancas con fajas vinotinto y estolas mostaza hasta el final del imperio. Incluso los egipcios, metrosexuales por excelencia, llevaron túnicas unisex durante quince siglos, prenda que solo se cambiaban por una práctica minifalda para ir a la guerra.

La moda ama la liberalidad y el presente, el “último grito”; estas culturas honraban el pasado y eran conservadoras, jerárquicas.

En la Baja Edad Media, Europa cambia. El epicentro es Italia: las ciudades crecen, se desarrolla el comercio, aparecen los bancos, estalla una revolución agrícola y técnica, se resquebraja el poder monárquico, con el feudalismo proliferan las cortes y el lujo, la alta

burguesía copia las maneras y los gustos de los nobles, los pintores empiezan a firmar sus cuadros, aparece el retrato y la autobiografía y nace el individuo. Por raro que parezca, antes de 1050 no había individuos. Había tribus, engranajes sociales o religiosos, gremios y “rebaños”; los artistas eran amanuenses de las musas y los héroes fichas de los dioses. No había méritos ni responsabilidades personales. El destino era fatal. Edipo es inocente. Homero es un *medium*: “Canta, oh musa, la cólera del pélida Aquiles”.

Por la Baja Edad Media circulan con facilidad sedas del Extremo Oriente, pieles preciosas de Rusia y Escandinavia, algodón turco, sirio o egipcio, cueros de Rabat, plumas de África, colorantes de Asia Menor (quermes, minio, laca, índigo...).

El escenario está servido para la aparición del amor caballeresco. Sin soltar la espada, el caballero se vuelve seductor y poeta, marcha al combate con un pañuelo de su dama en el pecho y regresa con un madrigal en los labios. De repente todos se fijan en la belleza del lenguaje y de los objetos. La mujer es idealizada y los hombres descubren que el verdadero amor está fuera del hogar, quizá por ese viejo error de diseño que puso el erotismo en la calle y en la casa apenas el cariño.

El arreglo personal cobra importancia. Por primera vez las plebeyas se acicalan tanto como las damas. Los hombres reemplazan el viejo blusón largo y amplio por medias largas, pantalones cortos, braguetas abultadas y una casaca ceñida en el talle y abombada en el pecho, que puede ser mitad lila y mitad azul rey; o vinotinto y oro. Las mujeres desnudan por primera vez los hombros y la espalda, el corte subraya la curvatura del arco lumbar... en el mercado se venden anillos cuyas gemas son la tapa de un vasito reservado para el perfume... o para el veneno.

Es por esto que el inicio de la moda se fecha hacia 1350. Atrás quedan los modelos que duraban siglos. Todavía es una moda lenta

y artesanal. Aún falta mucho tiempo para la llegada de la revolución industrial y sus frenéticos telares, el incesante afán de novedades, las tallas estándar, la alta costura, el giro hacia la sobriedad, el *prêt-à-porter*, la antimoda, el jean desgarrado...

Con todo, el traje medieval ya es moda pura: le preocupa al noble, al burgués y al rústico, y no lo inspira el pudor sino la seducción.

Sobre una ciencia mundana

Los cosméticos son tan viejos como el timo. Ya los usaban hace miles de años el guerrero para verse más fiero, el chamán para lucir más grave, la muchacha para subrayar su belleza y la vieja para disimular las afrentas del tiempo.

Como todo lo que encierra ardides, la cosmetología es un sector muy dinámico. Hace treinta y cinco años solo existían nueve colores de lápices labiales. Hoy la paleta tiene doscientos cincuenta y cuatro tonos que van desde el rojo bermellón, color que grita “estoy a punto”, pasan por la gama de los tierras, que significan “soy distinta”, y llegan hasta el negro, un desdén gótico que traduce: “Vete a la mierda, baby”. Pero los más populares siguen siendo los rojos fuertes porque imitan, como el rubor de caja, la afluencia de sangre hacia la superficie de la piel durante la excitación sexual.

El origen de los tatuajes es incierto. Los han encontrado en la famosa momia Ötzi (3300 a. C.), en los hipogeos griegos y en las pirámides aztecas. Luego desaparecieron de la escena hasta finales del siglo XIX, cuando fue redescubierto como ornamento erótico del cuerpo femenino, esa geometría hechizada. Pero solo empezaron a usarse masivamente en los años sesenta, cuando Joan Baez se tatuó un signo de paz en el hombro y Janis Joplin un corazón en el pecho.

El tatuaje y los cosméticos se encontraron en los ochenta, cuando las mujeres decidieron utilizar “maquillaje permanente” para

delinear los labios y los ojos. Se estima que hoy una de cada cinco mujeres tiene tatuado algo permanente en su rostro... o en partes más íntimas: los esteticistas ofrecen cambiar ese plebeyo café oscuro de los genitales por “un precioso tono sonrosado que cautivará a sus amistades”.

El piercing lo inventaron los aborígenes de todos los continentes pero solo llegó a las calles con las narigueras y los zarcillos múltiples de los *hippies* estadounidenses de los años sesenta. La moda hizo furor en los ochenta, cuando el piercing fue adoptado como accesorio de choque en la pinta del chico punk. La novedad de nuestra época consiste en usarlos también en los genitales, una audacia inédita en la milenaria historia de la moda.

El pubis se ha deforestado al ritmo del encogimiento del pantalón de baño. Hoy la tendencia es llevarlo calvo, como ofreciendo una segunda desnudez, o con el “estilo Hitler”, un simpático bigotito que se deja arriba del vértice goloso. Es más cómico que erótico pero a los fotógrafos les encanta porque permite tomas muy explícitas sin renunciar del todo al encanto del agreste vello.

La depilación, el corte y las extensiones, el esmalte, el lápiz, el tinte y el rubor, el piercing, las joyas y el tatuaje, la loción y los desodorantes son solo una parte del vasto arsenal de los afeites y aderezos de ese *bluff* infinito que llamamos moda y cuyos ciclos resumió para siempre Marlene Dietrich: “Aunque la moda de ayer es risible, admiramos la de antier, es decir, la de mañana”.

Al principio fue el nailon

Como la mitad de los objetos del mundo, la moda se diseña para el ojo, es verdad, pero debe pasar por el tacto. Después de mirarlo, lo primero que hacemos con un textil es palparlo porque sabemos que las telas nos rozan siempre con su revés y, lo presentimos,

serán tocadas en ciertos momentos por el haz. Por esto deben ser “bifaces”, táctilmente hablando.

Las pieles naturales han ido ganando estatus con los milenios. Traje de faena en las cavernas, pasaron a ser abrigo de mujeres muy caras. La marta, el zorrillo y el visón tienen la tersura del viento de las praderas, la calidez roja de la sangre y el vapor sagrado de las lágrimas de Brigitte Bardot. Por esto, por las campañas ecológicas y las protestas de los animalistas, ya empiezan a perder prestigio y es probable que sean mal vistas mucho antes de 2030.

El primer tejido de lujo fue la seda. “Fueron necesarios los imperios y las dinastías, las guerras y el comercio, la cruz y la medialuna (cuenta un poeta) para que una seda china llegara a manos de Virgilio y le inspirara un hexámetro”. El romano, primer cronista *fashion* de la historia, no tuvo que pensarlo dos veces para definir-la para siempre: la seda es como el agua, dijo, y agotó el tema.

Como la seda era carísima, los ingleses inventaron una fibra maravillosa y económica, una “seda artificial”, el satín, a finales del siglo XIX. En realidad no era sintética sino una manufactura natural producida a partir de pulpa de madera, quizá por esto resultó una impostora perfecta; su brillo y textura soportaron todas las pruebas. Las faldas de satín tenían tanta “caída” y movimiento como las de seda, y usado en prendas interiores resultó no menos sensual y delicado. El satín no desentonó en los salones ni en las alcobas, y las mujeres lo adoraron. En adelante, se mantuvo codo a codo con la seda, el terciopelo, el chifón, el lino y el crepé.

Los ejércitos de la Segunda Guerra Mundial acapararon todos los textiles y las mujeres tuvieron que volver a tejer. El tejido de punto hizo furor, remendar bien fue un arte y simular una obligación: las mujeres se dibujaban una línea vertical negra o marrón en la parte posterior de las piernas para aparentar que llevaban medias con vena, y nosotros, enternecidos, las quisimos mucho más.

La primera fibra realmente sintética fue el nailon, una larguísima cadena de polímeros. Con nailon se hicieron primero cepillos de dientes en 1938, después medias baratas que no se arrugaban en los tobillos de las damas y luego cualquier cosa: a partir de los años cincuenta, el mundo será irreversiblemente plástico: relojes, blusas, zapatos, bolígrafos, balas, autos, válvulas cardiacas, muñecas inflables... Desde los años sesenta, las artes visuales se llamarán artes plásticas, las mujeres *fashion* serán “chicas plásticas” y la “plasticidad” medirá la capacidad de respuesta del cerebro a los cambios del entorno externo e incluso a lesiones cerebrales.

Postulado uno: en términos de sustancias, la realidad es una mezcla de plásticos y silicio en proporciones aleatorias.

La obsesión por la salud ha marcado hondamente la moda. El resultado son los textiles inteligentes, que suenan modernos pero son tan viejos como las telas impermeables, también hijas de la segunda guerra. En los ochenta, Versace y Miyake diseñaron sobre tejidos tecnológicos. Hay prendas térmicas que retienen el calor, hay otras que bloquean los rayos del sol, camisetas que proporcionan vitamina C al entrar en contacto con la piel, brasieres que prometen refrenar la sed de nicotina con aromaterapia (lavanda y jazmín), medias que hidratan las piernas con aloe vera, ropa deportiva que lleva el sudor a la superficie exterior de la prenda para que el cuerpo respire y el aire circule, y ropa interior que responde con fragancias al menor síntoma de humedad de la cliente...

Postulado dos: el diseño de modas es una suerte de geometría glamurosa de la que nunca supo nada Euclides.

La piel de tu piel

El bluyín encierra varias paradojas: es un símbolo de la moda pero es esquivo a los cambios, que son la esencia de la moda. A pesar

de ser tan áspero y hermético que parece una versión moderna del cinturón de castidad, se puso de moda justo en los años del destape sexual, en el decenio de los sesenta. Y, tercera paradoja, cubre de modo tan celoso el cuerpo, que termina revelando hasta sus más recónditos detalles.

La historia de la moda del siglo XX puede verse como un lento *striptease*. Empezó por donde tenía que ser, por el pie, que se descubrió en 1902 con el *troteur*, un traje femenino de chaqueta, falda recta por encima de los tobillos y zapatos abiertos que humedecieron a los varones.

En los años veinte, unas chicas díscolas, las *flapper*, decidieron llevar el cabello corto y teñido, le cogieron el ruedo a la falda cinco centímetros por encima de la rodilla y el mundo contuvo el aliento.

En los cincuenta, el escote dio dos saltos intrépidos: el primero fue horizontal, se abrió 180 grados a la altura del nacimiento del busto para dejar al descubierto los hombros (escote de bandeja) y el segundo fue vertical y alcanzó profundidades de vértigo.

En los sesenta, la mujer lo mostró todo. El decenio arranca con las enormes y espléndidas tetas con que Anita Ekberg hipnotiza a Marcelo Mastroiani en *La dolce vita*, sigue con el culo, calcado por primera vez en la historia por los *jeans*, y termina con la minifalda, homenaje a las piernas, apoteosis de la brevedad, *hai ku* del vestido.

En su larga historia –fue inventado en algún momento de la segunda mitad del siglo XIX–, el bluyín ha tolerado pocos cambios. El primero fue el reemplazo de los botones por el invento de Gideon Sundback, un muchacho que siempre andaba con la bragueta abierta porque le daba pereza abotonarse. Para adcentarse, y evitar los continuos regaños de su padre, un sastre, el muchacho inventó en 1917 un “zurcido instantáneo”, una cosa absolutamente genial, la cremallera.

En los decenios siguientes, el único cambio que se registra es la aparición del bluyín para mujer, una invención alentada por los pantalones de paño femeninos que Coco Chanel diseñó en los años treinta. Antes, a nadie se le había ocurrido que la mujer podía usar pantalones. Luego, nada varió en sus remaches ni en sus puntadas hasta que llegaron la bota campana y los parches de los sesenta y setenta.

Los años ochenta vieron nacer la era *fashion*. La moda se volvió espectáculo, hubo derroche de lujo y precios de escándalo, nació el culto por el cuerpo, proliferaron los gimnasios y las cirugías estéticas y se rediseñaron todas las prendas. El *jean* no escapó a este revolcón y ocurrió lo impensable: ¡aparecieron *blue jeans* que no eran azules! Los hubo negros, grises, caquis, blancos, terracota y hasta rosados, con apliques de pedrería, y telas menos ásperas que la lona original.

En los noventa se impone una corriente llamada *grunge*, el estilo antiestilo, un movimiento contestatario que afectó el arte, la moda y hasta las historietas. Los muñecos infantiles dejaron de ser tiernos y bonitos y empezaron a ser tan feos y cáusticos como los Simpson, y los cantantes tuvieron que aprender a bailar muy bien y a vestir muy mal: medias corridas, colores inéditos en el pelo, *piercings*, bluyines rotos. A mediados del decenio ocurrió un cambio que iba a hacer historia: aparecieron los descaderados, un modelo que bajó cinco centímetros la línea de la pretina. Esta innovación tiene sus luces y sus sombras. Por detrás es desastroso porque aplasta las nalgas, las achata, se tira sus divinas proporciones. Por delante es perfecto porque alarga el talle y, combinado con blusitas cortas, descubre el vientre y nos deja contemplar el *romavali*, una sombrita pilosa, una tenue línea de vellos que va del ombligo al pubis, como mostrando el camino...

Romavali es una palabra árabe porque ese pueblo descubrió el camino muchos siglos antes que cualquier otra nación. Y se nos adelantaron por la sencilla razón de que los árabes fueron también los primeros en descubrir, entre la música de los címbalos y los velos de una bailarina de caderas vibrátiles y ojazos muy sombreados y mil y una noches enredadas en el pelo, el vientre femenino.

La moda femenina es la historia de una guerra entre la falda y el pantalón, y las mejores batallas las han librado sus exponentes más radicales, la minifalda y el bluyín. Y aquí vuelve a aparecer la paradoja: a pesar de que la tendencia del destape se mantiene desde los sesenta, el bluyín, la prenda que cubre, le sigue ganando la partida a la minifalda, la prenda que revela. Esto se debe en parte que la minifalda es invisible (las piernas no la dejan ver) y muy exigente: requiere piernas perfectas. El bluyín, en cambio, es cómplice, disimula los defectos de la pierna, tolera los del muslo y levanta el trasero.

Para hombres y mujeres es una prenda de combate, algo que nos predispone a escalar montañas, atravesar ríos o sentarnos en un andén a rematar una fiesta, o a tirarnos sobre el prado de un parque a mirar cómo cae la tarde sin lastimarse.

Nos los ponemos cuando somos jóvenes, o cuando nos sentimos fuertes, durante los días libres e incluso el viernes, un día hábil que ya tiene ribetes de fiesta porque es la víspera del sábado, y los domingos, que son días felices... hasta el mediodía, porque la tarde ya está como nublada por la inminencia del lunes y empezamos a sentir en la boca del estómago esos golpes de angustia que nos recuerdan las tareas pendientes, los sobregiros, las facturas, el jefe: la realidad, en suma.

El uso del bluyín no es asunto de edades: lo usan los niños, los jóvenes y los viejos. Los niños y los jóvenes los llevan porque no conciben otra prenda. Para ellos “pantalón” significa bluyín, y

un pantalón de lino o de paño es una “boleta”, un “oso”, algo que los ofende en lo más íntimo de su ser. Los mayores necesitan una disculpa para usar bluyines, pero igual se los ponen. Con matices, por supuesto. Un hombre conservador que pase de los cincuenta puede usar un *jean* clásico, azul con bota recta semiangosta y que hormone bien, un *Levis 501*, digamos. Los menores de cincuenta pueden optar por algo menos rígido: nadie les censurará si llevan un *Girbaud* o un *Versace* caqui o verde oliva ligeramente ancho y con bolsillos laterales. Pero en realidad todo vale, la moda es algo personal, cualquier persona, independientemente de su edad, puede usar *jeans* rotos, remendados, anchísimos, sucios, púrpura, rosados, ácidos, o los que se arrastran, los pescadores, los de cordones, los de muchos bolsillos, lo que sea. Es una prenda *crossover*, una bandera de libertad y comodidad para jóvenes y viejos y un estuche perfecto, una segunda piel, para la esbeltez de las muchachas, para esas tentaciones que Dios crea y el Demonio desarrolla hasta el punto de inspirar *slogans* muy ceñidos: “La piel de tu piel...”.

Lo segundo es lo primero

Aunque la palabra sugiere algo secundario, los accesorios son lo más dinámico de la moda, los que mejor subrayan esa condición efímera que es la principal característica de ese frenético mundo. La moda renace muriendo. “Pasando de moda”. Mientras ciertos números del traje evolucionan de manera lenta (la longitud del vestido, la profundidad del escote, la audacia de las aberturas), los “detalles” cambian rápido: los lacitos, las gorgueras y las arandelas se modifican casi ante nuestros ojos, como las gafas, los relojes, las lociones, el maquillaje y las joyas.

Un hito-*fashion* clave fue el que se produjo en 1913, cuando Paul Poiret incluyó joyas falsas en sus colecciones, algo impensable

entonces en el mundo de la alta costura, que consideraba lobísimo todo lo que no fuera auténtico. En 1927 Vogue se rindió: “Lo sintético es el signo de nuestro tiempo. El hecho de que las perlas, las pieles o las sedas sean artificiales, no les resta elegancia”.

Coco Chanel encontró en el vestido negro, color que acababa de imponer, el fondo perfecto para hacer refulgir grandes piezas de bisutería en su colección de joyas de 1932. “Quiero cubrir de constelaciones el cuerpo de la mujer”, explicó.

Colaboró en esta revolución un truco descubierto en el siglo XV, las *faces*, el arte de tallar las piedras hasta convertirlas en poliedros de muchas caras para que la joya reflejara la luz en todas las direcciones y no quedara un ojo ileso en el salón, que siempre hubiera un destello encandilando a los hombres desde una mano, desde un lóbullo o desde el abismo de un escote.

Pero Chanel llevó más allá la onda sintética. Harta de los aromas florales, del jazmín, el vetiver, el lirio, la rosa o la lavanda, ideó una fragancia deliberadamente artificial. Su *parfum* quedó flotando para siempre en la atmósfera desde el momento en que Marilyn confesó que unas gotas de Chanel Nº 5 era todo lo que se ponía para dormir.

Otro accesorio paradójico son las gafas oscuras. Ignoro a quién se le ocurrió que ocultar los ojos podía tener un efecto súper chic. El hecho es que funcionó y las mujeres, que antes se escondían detrás de un abanico o de sus propias manos, pudieron darse un aire de misterio tras de sus gafas oscuras. Gatunas en los años cincuenta, redondas a lo Lenon en los sesenta, grandes como las de Jacqueline Kennedy y Elton John en los setenta, o con un *remake* de dos líneas de Ray-Ban como ahora, las gafas oscuras son ya un elemento clásico del paisaje urbano (una de las líneas es el marco que usa Woody Allen, aunque con lentes claros; la otra es la deportiva, la que estrenaron los aviadores estadounidenses en la Segunda Guerra).

Los primeros “dispositivos móviles” fueron los relojes de bolsillo de los hombres del siglo XIX. Hacia 1930 las mujeres, cuyos trajes ceñidos no toleran bolsillos, empezaron a usar relojes en brazaletes extensibles en las muñecas y sepultaron el reloj de bolsillo. Hoy otro móvil, el celular, está marcando el fin del reloj de pulso.

En los ochenta, esas locas incorregibles nos sorprendieron con esmaltes de colores inéditos para las uñas (verde, amarillo, azul oscuro...) y, el colmo de la audacia, con un color diferente para cada uña. Poco después vinieron las uñas decoradas, el *nail art*.

Cinco hitos *fashion* del siglo XX

El destino de la moda es morir, dicen los intelectuales. La moda vuelve... dicen los diseñadores retro y empatan el debate en el último minuto. Lo cierto es que ignorar la importancia histórica del vestido es tan necio como creer que se pueden tapar las nalgas con una tanga. “Nanay cucas”, como decían los griegos cuando pasaba un muchacho.

Dado que el tema da para siete bibliotecas alejandrinas, me ocuparé aquí solo de cinco hitos *fashion* del siglo XX: el pantalón para mujer, el bikini, las camisetas, la minifalda y la tanga.

El pantalón para mujer se lo inventó Coco Chanel en 1910 para disimular sus largas y flacas piernas. Pero aún en los años cuarenta era una prenda tan obscena que el jefe de la policía parisina le ordenó a Marlene Dietrich: “¡Vístase como una mujer o abandone la ciudad!”, y un periodista gracioso llamó a la bisexual actriz “El hombre mejor vestido de Hollywood”. Finalmente el pantalón ganó la pelea y hoy se lleva más que todas las otras indumentarias juntas.

En 1946 Louis Réard no encontró en toda Europa una modelo respetable que se atreviera a lucir el engendro que acababa de diseñar, y tuvo que contratar a una *estriptisera* del Casino de París. Luego Rita Hayworth salió con uno blanco en la portada de *Life* y el

mundo contuvo la respiración. Pero solo cuando Úrsula Andress emergió de las olas con el engendro en *Agente 007 contra el doctor No* (1962), el bikini dejó de ser una prenda prostibularia.

En los años setenta, cuando se estamparon consignas ecológicas y antinucleares en las camisetas de los sesenta, la prenda se convirtió en una suerte de uniforme mundial de la juventud.

“Los diseñadores no aflojan”, es una máxima del sector que volvió a cumplirse a principios de los sesenta con la aparición de la minifalda. Kilómetros de piernas recibieron el sol por primeras vez en la calle. “Esas piernas no dejan ver mis diseños”, se quejó Mary Quant, la inventora. “Es peor que el bikini”, rezongó *L'Osservatore Romano* y tenía razón. La minifalda es una prenda mucho más inquietante. Ya sea con vuelo o ceñida, plisada, elástica o en forma de globo, la mini perturbó el paisaje urbano con una intensidad solo comparable con la irrupción de los rascacielos.

“El sexo, ese abismo de la razón...”.

Pero aún faltaba un diseño diabólico de los setenta. La tanga fue el resultado de minimizar el bikini y combinarlo con la elasticidad del maillot y con un funcionalismo Bauhaus, que obedecía al afán del “bronceado total” y a la atávica fijación anal de la especie. Luego la pieza posterior de la tanga se adelgazó de manera dramática y fue engullida por las voraces nalgas de las brasileñas con el paradójico resultado de que el pantalón de baño, inventado para cubrir el pubis y las nalgas, terminó cubierto por la presa del demonio. Por eso tienen razón los que consideran al “hilo dental” el más cínico adminículo parido por los retorcidos cerebros del mundo *fashion*.

Geometría y glamur

El brasier lo inventó Pierre Poiret en 1907 en París, pero solo fue comercializado en 1914 por una señora estadounidense. A